

2º PREMIO VIII CERTAMEN DE CUENTOS VILLA DE CÁRCAR

Autor: Oscar Ocaña Parrón

ESPERANDO EL OCASO

El juego consistía en atrapar a los demás chicos. Era sencillo en sus reglas. Años más tarde vi a mis propios alumnos jugar a lo mismo después de inventarlo ellos por su cuenta, y lo llamaban “el cazador”. Nosotros decíamos “la cogida”. El primero que “cogía”, -que “cazaba”, una generación después-, estaba solo contra los demás. El resto simplemente tenía que huir de él. Si cogía a alguno, -no valía tocar, se debía agarrar-, este se unía a él para coger al resto. Según iban cayendo, se unían a la “cogida”, hasta que sólo quedaba uno y, este último, era indultado, o se “salvaba”, en el lenguaje del juego. El “salvado” escogía al que debía comenzar en la próxima cogida, siempre y cuando no repitiese a uno que ese día ya hubiese empezado, así nos asegurábamos de que prácticamente todos empezasen a “coger” en algún momento de la tarde. Aunque siempre hubo uno que se libró; Rata.

No recuerdo como se llamaba; era el Rata. Le bautizamos como tal precisamente a raíz de los juegos de carreras. Nadie podía con él. Ni en la cogida, ni en el rescate, ni en la olla. Se escurría, driblaba, regateaba y corría como una rata. Por demás, era fuerte, carismático y de risa fácil. Nosotros no eramos más que sus hombres. Al llegar a la plaza nos arengaba a voces como si vistiésemos uniforme. El Rata decidía el juego de la tarde, abusaba de los menos hombres por temporadas, -esta semana un chico, al mes que viene otro-, ponía punto final a las peleas entre nosotros, inventaba trastadas e imponía un retorcido y rígido código de honor. Todos gozaríamos de su beneplácito militar en algún momento, y a todos nos castigaría su brazo de mala bestia. Y es que, con todo, el Rata era un mal nacido. Un animal criado para morder al que le gustaba su tarea. Su estupidez la suplía con astucia, su falta de razón con fuerza. No es de extrañar que aquellos hombres que no eramos le admirásemos y buscáramos su favor y su risa.

Por supuesto, todos intentábamos coger al Rata en algún momento del juego, él no hubiese permitido lo contrario, no ser la presa. Debía poder reírse de nosotros, correr de espaldas mirando a la cara al cogedor, para que la burla sea mayor. Esquivar en el último momento, imitando a un torero. Nosotros, por nuestra parte, queríamos ser el héroe que por fin daba caza al mítico ser. Era parte del sueño; coger al Rata, o ser el “salvado” que lo pudiese señalar para el comienzo de la nueva ronda. Aun no eramos hombres, y nos conformábamos con sueños sencillos.

Gerardo, por otro lado, nunca mereció ni mote. Por ser no era ni uno de los debiluchos con los que meterse. No destacaba ni en sus defectos, y así se libró de que le llamáramos cuatro ojos, gusano o patata. Pasaba casi desapercibido entre nosotros, aunque jugaba como todos. Cada tarde era de los últimos en ser señalado para coger el primero. Corríamos tras él si se cruzaba. A veces esquivaba y otras no.

Aquella tarde, Gerardo fue el tercero en ser cogido. Yo mismo le dí caza, como hubiesen dicho mis alumnos. Después de tantear a un par de los libres, decidió probar suerte con el Rata.

Para hacer más interesante el juego, se decidió, mucho antes de aquella tarde, que no se podía salir de la plaza. Ni siquiera pisar el principio de las calles circundantes. Y eso fue lo que hizo el Rata. No tengo ninguna duda. Lo vimos sólo unos pocos de los hombres que no eramos. Gerardo, milagrosamente, acorraló al Rata, y éste, para driblar, tuvo que pisar fuera de la plaza. No fue algo leve, como un fuera de juego dudoso; el Rata salió a la Calle de los Mártires y regresó en el acto. Gerardo se quedó clavado en el sitio, como otra media docena de nosotros. El Rata había sido cogido, que cuernos.

Creo que si Gerardo hubiese gritado y saltado, celebrando su triunfo a voces, el Rata tal vez hubiese sonreído y palmeado a Gerardo en la espalda. Aunque tal vez no. Sin embargo, Gerardo tan sólo le señaló y dijo que se había salido, creo que incluso dejó ver algo de indignación en la sentencia. El juego se detuvo en seco y el Rata reaccionó como lo que era; un mal nacido. Dio un empujón a Gerardo y nos preguntó a todos si se había salido. Debimos decir que si, que salió a la Calle de los Mártires, que estaba cogido. Sencillamente deseábamos no

haberlo visto y no estar allí, aguantando las voces de nuestro general. Tal vez debimos decir que no, que no salió de la plaza, que no estaba cogido. Pero aun no eramos hombres y nos costaba mentir tan descaradamente. El caso es que nos callamos como niños que no saben que decir, tal vez por que eramos niños que no sabían que decir. El Rata se enfureció y lo pagó con Gerardo. No le pegó. Eso casi le hubiese delatado como cogido. Le insultó con saña, provocándole, porque era importante que fuese Gerardo el que diese primero, o lo intentase al menos. Discutieron, y como el Rata era uno de ellos ninguno puso freno, solo miramos. Gerardo no atacó a traición, no aprovechó las oportunidades que le dio el Rata para hacerlo. Y le dio esas ocasiones para poder machacarlo luego por cobarde.

Finalmente, llegaron a los puños. Gerardo no golpeó sin avisar. Se subió las mangas de la camisa, blanca al principio de la tarde, y levantó los puños con resignación. Nuestro general no sonrió, ni se puso gallo. Cuando peleaba lo hacía a conciencia. Consideraba de hombres pegarse, pero eso si, con honor, respetando siempre al contrario. También él levanto los puños. Gerardo lanzó primero, con la increíble sorpresa para todos de acertarle en la cara. El primer sorprendido fue el Rata. Gerardo, en cambio, no titubeó y siguió golpeándole, con menos certeza pero igual de eficaz. El Rata no logró rehacerse, y Gerardo no se detuvo, por temor a que su rival se desquitase en cuanto le diese una oportunidad.

En caso de que la pelea se hubiera desarrollado como debía, es decir, controlada por el Rata, o si entre los contendientes no estuviese aquel mal nacido, cualquiera habría interrumpido rápidamente. Pero no con el Rata de por medio. Ninguno deseaba que luego su general le reprochase entrometerse justo cuando podía recuperar terreno. De modo que les dejamos pegarse, aunque sólo pegaba uno, y hasta que el Rata no fue al suelo y Gerardo decidió continuar a patadas, no intervino nadie. En el momento en que el primero se acercó a separarlos, Gerardo dejó de golpear. Ya estaba libre. Si el Rata se levantaba en ese momento y tomaba represalias quedaría como un cobarde, cosa que nunca se permitiría.

Por tanto, el Rata se levantó y se fue de la plaza mascullando que no se había salido.

El padre del Rata era el enterrador del pueblo y de otros tres pueblos vecinos, así como el guarda del cementerio. Viudo y resentido, tenía fama de pegador. Decían que su mujer era la única a la que nunca levantó la mano, y que desde su muerte la calma había llegado a su espíritu. Siempre estaba cavando una fosa, -por si acaso, comentaba él-, en alguno de sus camposantos. Aquella tarde estaba en el nuestro.

Por norma tardaba días en terminar una fosa. Se entretenía, bebía, descansaba y hacía una pequeña ronda entre las tumbas para colocar unas flores o revisar los daños de las lápidas. Cuando el Rata llegó junto a su padre, con la camisa rota y la nariz sangrando, molido a palos, el enterrador sacaba la última palada de la fosa. Dos chicos más y yo fuimos tras el Rata para intentar calmarle, aunque ninguno se atrevió a darle alcance. Desde una loma vecina vimos como el Rata se plantaba frente a su padre. Supongo que le preguntó sobre lo ocurrido, y supongo que el Rata se lo contó. También supongo que lo que enfureció de veras al enterrador fue el nombre del vencedor. Después se dijo que estaba bebido, que tenía problemas de dinero y otras muchas cosas. Yo le vi sereno, y nunca supe que le faltara de nada a él o a su hijo. Sólo se lo que vimos. Y vimos como aquel hombretón levantaba la pala y la descargaba sobre la espalda de su hijo una sola vez. El Rata cayó desplomado a la fosa abierta y el padre, sin decir ni media, se metió en la casa que tenían al lado del cementerio.

Esperamos cerca de una hora a que saliese alguno de los dos; el Rata de su fosa o el padre de la casa. Creo que aquel hombre no sabía el daño que había producido el golpe, y debía pensar que su hijo se había marchado unas horas. No lo se. El enterrador nunca dijo nada

Cuando vimos que llegaba la noche, salimos corriendo en busca del alcalde a contarle lo sucedido.

No es una de las noches que me guste recordar. Al Rata se le quebró la columna con el golpe, y no anduvo más en toda su vida. Se pasó la noche en casa del médico, que no pudo hacer nada, y el padre en el cuartelillo, donde tampoco hicieron nada.

Pronto empezamos a ver al Rata a la puerta del cementerio, sentado en una silla,

esperando el ocaso para que su padre lo metiese en la casa de nuevo. Enflaqueció y le cambió el color. Perdimos todo respeto por él. Al pasar a su lado le gritábamos que estaba cogido, y alguno hasta le tiró tomates podridos. El se enfurecía, nos insultaba y nos juraba que se la pagaríamos en cuanto andase de nuevo. Perdió la cordura poco a poco, y era un entretenimiento para los chicos de los alrededores. El padre nunca decía nada. Al mediodía le sacaba a la puerta del cementerio y le sentaba en una silla, si no llovía. Si tenía que ir a otro cementerio a trabajar, se lo llevaba a cuestas. Cada vez que tenía a su padre cerca, el Rata le maldecía y escupía, a lo cual tampoco reaccionaba el enterrador.

Cuando yo me marché del pueblo, el Rata ya no conservaba nada de su cordura. Creció en esa silla al tiempo que perdía los dientes y el pelo. Guardaba restos de comida para lanzárselos a los animales, a los chicos o a su propio padre si se acercaba lo suficiente. Nunca perdió la idea de volver a caminar, y mascullaba continuamente que nunca le habían cogido, y que ya los cogería, mientras esperaba el ocaso que, para él, hacía tiempo que había llegado.

El Rata tenía ya treinta años y su padre apenas si podía con él de viejo que estaba. Aunque su hijo pesaba poco más que nada, se debatía enfurecido cuando llegaba su padre a tomarle entre los brazos.

Una tarde, su padre decidió no sacarle de su habitación. Espero durante tres días a que se muriese de hambre. El Rata gritaba y lanzaba todo lo que alcanzaban sus manos. Se arrastraba por el suelo intentando llegar a la puerta. Le decía a su padre que también a él le cogería.

Tarde o temprano hubiese muerto, eso desde luego. La cuestión estribaba en cuanto podría soportar el padre, y fueron esos tres días lo que llegó a soportar. Al ocaso del tercero entró a por su vociferante hijo, que parecía no tener fuerzas más que para maldecir. Lo dejó caer en una fosa abierta y lo enterró vivo. Dudo que el Rata sufriese. Dudo que pudiese sentir ya nada, salvo odio.

Luego, el enterrador escribió una larga carta con su mala caligrafía, explicando lo sucedido en esos tres días, como resumen de casi veinte años. A continuación se ahorcó.

En mi pueblo, muchos se ahorcaron.

Sacaron al Rata y le dieron Santa Sepultura. Su padre fue enterrado fuera de los sagrados muros del cementerio, por suicida.

La “cogida” aun se juega allá, como el “cazador” en el patio del colegio donde intentó enseñar.

Juan Miserable